

lla tierra donde está, mas esto jamás le ha causado, ni ha hecho daño.

Lo décimosexto: en otra ocasión leyendo la vida de aquel varón apostólico el maestro Avila, viendo este pecador el fervor de aquel varón de Dios, y lo que predicaba sólo por la caridad, y lo que él, necesitado de la justicia se defendía de cumplir con tan alto ministerio, se puso á llorar con grande fuerza en su oratorio; después de haber comido, contraponiendo su flaqueza con el fervor de aquel varón santo, que no se podía consolar, y sintió su preferencia allí donde lloraba, y lo consoló y abrazó, y aunque no dejó de llorar, sino mucho más, quedó su alma muy movida é inflamada en amor de Dios: y así ha de predicar, y publicar con su pluma y con su voz la palabra del Señor.



## CAPITULO XXIX

*De otras misericordias de Dios, y deseos que le ha dado del consuelo y bien de las almas de su cargo, y de sembrar la divina palabra.*

El ansia que le dió Dios á este grandísimo pecador del bien de las almas de su cargo desde que fué consagrado, veinte años ha, cada día ha ido creciendo más, y tan práctico está en este ejercicio, que nada de quanto él puede alcanzar, y les conviene, puede (si así es lícito decirlo), aunque quiera omitirlo; señaladamente en estos últimos años, porque es tan grande la fuerza de la gracia, que parece que si él no fuera á obrar lo que obra, lo arrastraran y llevaran por fuerza, aunque el amor entrañable que les tiene, ni admite fuerza, ni dilación en lo que obra. Si bien

algunas veces es menester bien la gracia para avivar esta flaca y débil naturaleza, y siente harto las omisiones, que reconoce en tan santo ministerio.

Lo primero: habiendo temido como flaco el andar á caballo y no en coche, como solía visitar antes, por ser esta tierra tan fría, no sólo le ha dado fuerzas, sino consuelo, gozo y salud para hacerlo. Y cuando hace frío ó nieva ó hace aire recio ó hiela, visitando, siente su alma una alegría tan grande, que entonces se pone á cantar ó reír ó á llorar de gusto; y en una ocasión (casi sin poderse contener), helando y ventiscando reciamente, se puso á cantar estos dos versos que entonces se le ofrecieron:

*Padecer por el amado  
son pasos de enamorado.*

Tan contento y alegre, que si le dijeran que dejase lo que hacía y le valdría muchísimo descanso y consuelo, mirara á este consuelo como enemigo capital, por lo que aquel trabajo le recreaba, como dulcísimo amigo.

Lo segundo: nunca ha dejado de exhortar, predicar, rogar ó platicar, no sólo ofreciéndose el caso y hora de predicar, sino en las conversa-

ciones visitando el obispado, hablando con agrado á las almas, mezclando cuanto les puede ser de provecho.

Lo tercero: le han enseñado á que cuando ha de ir á predicar pida á Dios el espíritu de compunción, y en lo interior y exterior vaya triste, ó por lo menos gravemente recogido y compungido; porque sale mejor la palabra divina del ánimo penitente, que del alegre, distraído y relajado.

Lo cuarto: que hable lo menos que pueda ser poco antes de predicar, y ande en silencio, y si no palabras muy medidas y serias, nunca salgan de sus labios.

Lo quinto: halla gran consuelo en predicar con el Señor en el pecho, algo después de haberle recibido en la misa, ó por lo menos sin haber obrado otra cosa que le ocupe ni distraiga, desde que acabó el divino sacrificio.

Lo sexto: raras veces para predicar piensa media hora lo que ha de decirles; sino es que, comunmente, cuando es sermón de importancia, toma una disciplina, se encomienda á Dios, lee el Evangelio y allí apunta aquello que se le ofrece sobre el Evangelio, y alguna vez (mas muy raras) mira algún libro, y pocas veces puede seguir los discursos que allí lee, aunque haga diligencia para ello, porque, aunque quiera, no puede retenerlo en la memoria.

Lo séptimo: en no hallando que apuntar mira al rostro de la Virgen ó de Nuestro Señor, y luego se le ofrece. Otras veces cuando predica, particularmente á los pobres labradores, no piensa lo que les ha de decir, sino que toma la bendición del Santísimo, y dice postrado el himno del Espíritu Santo, hasta el verso: *Sermone ditans guttura*, y luego los versículos y después la oración y después *Iube domine benedicere*. Y responde asimismo: *Benedictione perpetua benedicat nos pater aternus. Amén. Iube domine benedicere. Unigenitus dei filius nos benedicere, adiuvare dignetur. Amén.* Y otra vez: *Iube domine benedicere. Spiritus Sancti gratia illuminet sensus, corda nostra. Amén.* Y otra: *Iube domine benedicere Ipsa Virgo Virginum intercedat pro nobis ad Dominum.* Y otra: *Iube Domine benedicere. Omnes Angeli Dei, omnes Sancti, Advocati mei accipiant cor meum, offerant Domino meo iesu Christo. Amén.*

Luego dice con profunda humildad: Señor, poned en mi corazón, pecho y labios, aquello que más convenga al bien de estas almas y gloria vuestra. Con esta preparación predica una hora, y más algunas veces, y siendo indignísimo é ignorante, le da Dios que decir á las almas de su cargo; que mire á hacerlas mejores y llevarlas á la eternidad de gloria.

Lo séptimo: con este sencillo modo de predicar de que amen á Dios y lo sirvan, y poniéndoles delante las postrimerías, particularmente después que ha dado en contar ejemplos de almas que callan pecados, son y han sido los casos que le han sucedido de sacar almas de veinte, treinta y treinta y cinco años de malas confesiones, tantos, que cien mil años estuviera padeciendo por servirle á Dios esta merced, y por lo que en esto le ha dado su bondad no fuera condigna satisfacción.

Lo octavo: le dió luz y gracia para que estableciese el Rosario de la Virgen en todo el Obispado, que es el Breviario y diurnal de los pobres labradores, como acostumbra á decir.

Lo noveno: le dió ánimo y resolución para aventurarse á morir por el ministerio y bien de las almas de su cargo, sin el cual no se puede hacer lo que conviene. Y decía que los Obispos habían de ser espías perdidas del ejército de Dios, que han de tener jugada la vida para servirle y darla por quien la dió por las almas. Y aunque sentía morir empeñado de deudas, decía que más quería morir empeñado de hacienda que de comisiones y omisiones en el oficio, por ser menores las penas del empeñado, porque gasta más de lo que tiene, que las del Obispo que hizo lo que no debía ó no llegó á lo que

debía. Y cuando para impedirle estos santos ejercicios se le ofrecía el temor de morir, decía en su corazón: *Buen fiador tengo*, creyendo que Dios sería su amparo y socorro.



## CAPITULO XXX

*De otras misericordias que Dios hizo en las visitas á este pecador y de sus misericordias, y cómo visitaba su Obispado y repartía al visitar las veinticuatro horas del día.*

En las visitas le sucedieron algunas cosas harto sobrenaturales en orden al ministerio.

Lo primero: le ordenó el Señor, su bondad y su gracia, que hiciese la visita constantemente en la forma siguiente:

Llegaba al lugar que había de visitar con su familia á las cinco de la tarde, más ó menostemprano, según se había podido despachar en el lugar antecedente.

En llegando á la Iglesia (á cuyas puertas se apeaba) y dado la bendición solemne al pueblo, entre tanto que venía el Pontifical y ornamentos, hacía junta de los niños y la gente del lugar.

Comenzaba por su persona á explicar y preguntar la doctrina á los pequeños, y con esa ocasión daba luces de enseñanza á los grandes, y á los que le respondían bien daba alguna cosa para acariciar á los padres y madres en los hijos y ganarles á todos el amor, y á los que erraban no les reñía mucho, sino que los animaba para que supiesen más, y por no atemorizarlos ni apartarlos del amor, que es bien que tengan á su Predado.

En viniendo los ornamentos pontificales y estando preparado, se vestía y decía los responsos solemnes por la Iglesia, y luego descubría el Santísimo con gran consuelo de su alma, y le incensaba y daba, con su Divina Majestad en las manos, la bendición al pueblo. Y en el incensar, y en tenerlo en ellas, le daba Dios particulares sentimientos de amor y de reverencia, y tan grande al incensar y derramar con el incienso su alma delante de aquel Divino Señor, que le parece que si en el cielo se pudiera escoger oficio, él había de pedir el de incensar al Redentor de las almas.

En acabando esto visitaba de Pontifical la pila y lo demás que á esto toca, y volvía al altar y se desnudaba y ponía la capa pontifical, porque deseaba siempre al predicar parecer Obispo y autorizar en los pueblos su dignidad,

por lo que mueve en ellos lo exterior á lo interior.

Luego se postraba delante del Santísimo y recibía su bendición, como se ha dicho arriba en el capítulo antecedente; lefase el edicto, y en acabando comenzaba la plática, y ordinariamente era de una hora ó de tres cuartos.

Todo el discurso de la plática primera se reducía á tres puntos. El primero á mostrarles amor espiritual de su bien y decirles que venía á curar sus almas y componer bien las cosas de sus conciencias, arrancar vicios, plantar virtudes y remediar lo que necesitase de remedio espiritual, así en los eclesiásticos como en los seglares.

El segundo: á que se preparasen para confesar el día siguiente, y que se dispusiesen bien; y aquí les ponderaba lo que importa la gracia, lo que vale, y merece buscarse con ansia la Gloria, el rigor de la cuenta, la delgadeza del juicio, el horror y tormentos del infierno, y que acercarse á las culpas es acercarse á él, y apartarle de él, apartarse de la culpa.

En el tercero les ponderaba el gozo que trae en las almas el servir á Dios, la suavidad y consuelo en confesándose, con qué brevedad y suavidad puede ponerse en gracia por la gracia de Dios, y que no perdieran estas ocasiones ni las indulgencias que ofrecían á cuantos comulgaban

de su mano, y que no callasen pecado alguno, contando algún ejemplo de los que por callarlos se habían condenado.

Ultimamente decía que todo se había de hacer con el amparo de la Virgen, y que así fuesen todos con este pecador á rezar su rosario, para que el día siguiente se obrase todo en su servicio. Con esto les daba la bendición al acabar de la plática, y luego rezaba con todo el pueblo el rosario, y acabado decía un responso y el acto de contrición; luego tocaban á la oración, y hecho esto volvía con todo el pueblo, que ordinariamente le acompañaba á su casa, mostrándole grande agrado: duraba este ejercicio por la tarde tres horas.

A la mañana, cuando ya se habían levantado, enviaba confesores para que se confesasen, y después iba este pecador, y de sepultura en sepultura decía un responso rezado en cada uno de los que habían muerto desde la visita antecedente; luego se sentaba á confesar, y no lo dejaba hasta que todos los que se querían confesar lo hiciesen muy á su gusto, aunque fuese hasta la una y las dos del día, y de esta perseverancia conoció grandísimos frutos y milagros, de que se dirán algunos en otra parte.

En acabando de confesar se confesaba él y se vestía para decir misa al pueblo, y en la misa los

comulgaba á todos de su mano, y en acabando, teniendo el sitial delante, hacía una plática de una hora poco más ó menos.

En esta plática enderezaba el discurso y la doctrina lo primero á darles gracias de su docilidad, y de que se hubieran confesado, explicándoles cuán dichosas eran sus almas de estar en gracia, y pintándoles la hermosura del alma en ella, y la fealdad de la condenada.

Luego les iba dando instrucciones de perseverar, contra juramentos, maldiciones y otros vicios, dejándoles instrucciones cómo se habían de defender del enemigo y sus asechanzas.

Después les dejaba las devociones que habían de tener, y cómo se habían de gobernar para servir mucho á Dios, perseverar y tener presente á Dios y no ofenderle, y vencer una mala costumbre de cualquiera vicio que sea; y á esta plática llamaba preservativa, y á la otra curativa, y con esto les daba la bendición solemne y los dejaba consolados.

Acabada la plática, y dado la bendición solemne confirmaba á todos los que querían, si no es que para más comodidad de los mismos feligreses se aguardase para la tarde.

Entre tanto que él hacía estas funciones el visitador visitaba lo material y tomaba las cuentas y lo demás que tocaba á las almas; y en

casa le comunicaba aquello que tenía dificultad.

Solía salir á la una, á las dos y á las tres de la tarde, y ni al pueblo le causaba molestia alguna (como veían que padecía lo mismo su Prelado), ni él sentía jamás fatiga.

A la tarde volvía á la iglesia y rezaba con sus feligreses el rosario del corazón, decía el responso de despedida y á todos les daba su bendición y los dejaba contentos, y así se acababa la visita y pasaba á otro lugar en donde hacía lo mismo.



## CAPITULO XXXI

*De algunas cosas que le sucedieron visitando su Obispado.*

Las cosas que en estas visitas le sucedieron fueron notables.

Lo primero: le sucedió, no una vez, sino tres ó cuatro, llegar un pecador á sus piés cuando ya acababa de confesar y decirle que el demonio le estaba persuadiendo á que no se confesase con su Prelado, y que se había salido de la iglesia dos veces y que otras dos se había entrado á ella por haberle dicho al oído una voz, que fuese y se confesase con él: y era un pecado callado de muchos años, que confesó con grandes lágrimas. Otro estando en el campo arando dejó los bueyes y el arado, y vino á los piés de su Prelado, diciendo: que le estaban persuadiendo, sin saber quién, que se fuese á confesar y confesose, y ne-

cesitaba de confesarse, como el otro, por pecados callados adrede en la confesión.

En otra ocasión, diciéndole á un pecador de treinta años de malas confesiones por un pecado callado, y preguntándole que cómo lo había callado tanto tiempo, respondió: que de vergüenza, y que sino hubiera venido su Prelado y no le oyerá predicar, muriera de esa manera.

Otra persona que se hallaba en el mismo estado le dijo que así como entró por la puerta de la Iglesia su Prelado, le pareció que veía á su ángel, y que luego le dijo su corazón: *Con este te has de confesar y salir de mal estado.*

De este género de confesiones sólo en esta visita hizo más de veinticuatro, quedando las almas consoladas, y asimismo este pecador, y lo advierte para que sepan los Obispos y Prelados cuánto importa predicar y confesar por sus personas, y que se animen á confesar y predicar por sí mismos, porque harán gran bien á las almas de su cargo.

Procuraba mostrarles mucho amor y humanidad, hablándoles y acariciándoles para que no les apartase del remedio la autoridad y gravedad que ordinariamente acompaña la dignidad, porque en estas ocasiones es tiempo de consolar con amor, dulzura y suavidad á las almas, y guardar la gravedad y autoridad para otras, como

cuando se defiende un punto de honra de Dios, ú otro de jurisdicción eclesiástica ó de disciplina ó corrección necesaria.

En medio de todas estas misericordias que le hacía Jesús dulcísimo y gloriosísimo su Señor, tenía tantas miserias y omisiones este pobre y perdido pecador en todo género, que aunque su deseo era bueno y de la gloria de Dios, y por todo el mundo no le ofendiera; pero su ignorancia, flaqueza y poco seso, falta de prudencia, de celo, de virtud y de espíritu, de que andaba rodeado, le daba materia bien fecunda á muchas lágrimas.

